



Acostumbrarse es una forma de morir.
Dulce Chacón

Capítulo - email 8

Escuela de Estudios Posibles

Conforme nos vamos haciendo mayores a las personas sin nombre nos pasa lo contrario que a muchos cuando se hacen viejos y la conciencia de lo (no) hecho les quita el sueño. Sin embargo, nosotras, las personas sin nombre, podemos dormir más de lo normal. Caemos fulminadas en la cama y mientras dormimos es como si el cuerpo se nos hiciera todavía más ligero, y nuestro ser difuminado abarcara por días algún milímetro menos, algo que por otra parte e intentando asomarme ahora al espejo creo que no es sólo metáfora.

Para evitar los sueños profundos, temiendo evaporar alguna parte importante de mi persona, solía dedicar un tiempo ya en la cama a terminar las cosas pendientes, a resolver los problemas abiertos y a poner nombres a los proyectos y aplicaciones en ciernes, aquellos que necesitaban todavía esa palabra, esa frase para comenzar a definirse. Fue en una de aquellas madrugadas, casi ya entrado el sueño, cuando surgió la *Escuela de Estudios Posibles*. Le prometo que en esos momentos nocturnos habría sido capaz de planificar su estructura, de no apretarla demasiado, de iniciar la programación de las primeras aplicaciones. Lástima que el sueño y el despertar dejan todo el trabajo en algún lugar infra-atómico de la almohada, en un esbozo de algo que, pena de cerebro sin USB, no pudo ser archivado.

Quise frotar la almohada y las noches siguientes, pero sólo delante del teclado logré recuperar gran parte de la idea, y ya sabe que si una idea no se lleva a la práctica o no se comparte es como si no hubiera existido, así que trabajé disfrutando y sufriendo para tener algo más definido que proponer a mis amigos. No crea que fue cosa fluida, como cuando uno vomita ideas dispersas intentando hacer hueco. Las personas sin nombre necesitamos esforzarnos duro para lograr nuestros propósitos y vencer nuestra tendencia divergente a difuminarnos también en las ideas. A menudo sufrimos ataques de decoloración dudando si seremos capaces de lograrlo, si no sucumbiremos a la poca expectativa que los demás -que apenas nos ven y apenas nos hablan-, tienen puesta en nosotros. Es habitual además que muchos suframos de memoria de pez, como ya le he ido comentando, y que necesitemos férreo entrenamiento para recordar, sin menospreciar que adoramos los dispositivos de memoria externa. No oculto que es una razón para soñar con futuras prótesis incorporadas al cuerpo que nos faciliten recordar o, cuando menos, recordar lo que no queremos olvidar.

No podría precisarle cuántos meses dediqué a programar y a organizar las aplicaciones sobre las que nacería la *Escuela de Estudios Posibles*, pero debió ser casi todo el último curso de ingeniería. Suerte que Alex, Zuriñe y algunos compañeros más, amantes de la programación, de la tecnología y de las revoluciones, se sumaron a la idea y pronto la escuela empezaría a rodar en Internet.

Para aquel entonces Zuriñe y Arturo eran pareja y tenían una niña de año y medio, una niña de nombre inevitable: Ada. Recuerdo que en nuestras primeras reuniones de trabajo había una energía especial, esa energía que aparece cuando somos lo suficientemente jóvenes como para entusiasmarnos y sintonizar la época y lo suficientemente adultos como para no cambiar de idea cada cinco minutos. Todos teníamos ilusión por el proyecto y nos concentrábamos tanto en su programación y mejora, que se nos pasaban las horas y los días delante de las pantallas y comentando después en el taller compartido. A los demás no nos importaba pasar las noches trabajando, pero después de varios días especialmente intensos, Zuriñe nos reunió a todos para hablarnos de algo importante para ella. Lo inaudito del tema nos dejó a todos sin palabras.

Esperábamos una conversación sobre alguno de los problemas de código no resueltos y nos encontramos con que el problema no estaba en las máquinas, sino que el problema estaba afuera. Para ser más exactos, el problema estaba en cosas groseramente humanas como esas bolas de pelusa y suciedad que se acumulan en las casas cada cierto tiempo sin limpiar, en la vida residual de los pequeños desechos, en la deriva de los espacios que habitamos cuando no les prestamos demasiada atención. Esas irregulares esferas de pelo, hilo, pequeños restos de piel humana y polvo, que viven, crecen y se desplazan libre y lentamente por el salón, para recordarte que la casa puede ser suya y pronto será más que casa, desierto de Arizona.

Zuriñe nos contó que el día anterior se había enfrentado a esa imagen al volver a casa y a la pequeña Ada intentando atrapar esas bolas. Quién más quién menos también teníamos el problema del tiempo, las bolas de pelusa y la gestión de la casa o de la habitación alquilada en la que vivíamos, pero Zuriñe insistía en que ser madre y ser programadora no era cosa fácil y que se estaba replanteando dejarlo.

Si en el proyecto hubiera estado mi hermano Lehen se habría alegrado de que alguien como Zuriñe se fuera, pues era tan lista que con seguridad podría eclipsarnos a todos. Lehen decía, seguido de un “es broma”, que a la gente muy brillante mejor atarles una piedra al cuello y lanzarlos al río; que estar cerca suyo es recordar a cada rato lo inútiles que podemos ser los demás. Pero Alex y yo no queríamos atarle nada al cuello a Zuriñe, queríamos tenerla cerca por muchas razones que seguramente habría que incluir en el nombre que buscamos, pero que preferiría guardar para mí. No sería sin embargo exagerado decir que ambos sentíamos su impotencia como propia. De hecho, cuando a menudo me asaltaban las dudas sobre ¿dónde va esa parte del cuerpo emborrionada, esas constantes pérdidas de los límites de las personas sin nombre? En la respuesta siempre estaba la gente cercana. Yo sentía que Alex y Zuriñe formaban parte mía y yo de ellos, como algo material y también como algo incorpóreo, algo que tiene que ver con el afecto y el amor al otro. Apunte, por favor, estas palabras.

Pero he de volver al asunto aquí esencial: las pelusas y Zuriñe. Asunto donde la pregunta por Arturo era obligada. “¿Qué piensas tú, Arturo de las pelusas?” Y Arturo decía que a él no le molestaban. A pesar de vivir la misma situación de Zuriñe: mucho trabajo y poco tiempo libre, él no sentía la misma presión por las pelusas y decía poder vivir con ellas, seguramente porque intuía que alguien (no él) se ocuparía de ellas y que las visitas familiares nunca le recriminarían a él que las dejara apropiarse de la casa.

Zuriñe sin embargo decía ver en las pelusas las caras de su hermana, de su madre, de su padre, de su abuela y de los vecinos, echándole en cara lo desastre que era, lo egoísta que estaba siendo, lo mala madre y esto, que difícilmente podía contener, le bloqueaba. Allí donde Arturo sólo veía la lógica deriva de una casa donde el tiempo no da para todo, ella veía una razón de peso para replantearse tomar una decisión.

Puede imaginarse que si Zuriñe se iba por las pelusas, esto sería un fracaso de todos. La escuela además estaba pensada para facilitar la formación y el empleo entre la gente, si no éramos capaces de hacerlo entre nosotros, la escuela fracasaría antes de echarla a andar. No perdíamos nada, por lo que debíamos intentar aplicar lo propuesto en la EEP al problema en cuestión. Y aunque el problema parecía muy preciso se nos hacía muy complejo. Por eso, hicimos como cuando programamos: lo fragmentamos para intentar

entenderlo y dar una solución. Con seguridad la solución que se nos ocurrió era parcial y perfeccionable pero en aquel momento nos funcionó:

::_Primera parte del problema: trabajar en casa para evitar desplazamientos. En mi generación ya ninguno de nosotros pensaba que trabajo es el lugar al que se va, sino la actividad que se hace. Así imaginábamos que algún día todas las personas podrían trabajar en sus casas y disponer del control sobre su tiempo, sin que ello supusiera como anunciaban algunos agoreros estar petrificados en su interior, sino saliendo y entrando a gusto, aprendiendo a optimizar esos tiempos tras el *muro del hogar*.

El propósito era facilitar a Zuriñe y a Arturo una igualdad de condiciones para sus trabajos (en casa y en la EEP) y, ¿por qué no? a Ada el referente de esa imagen compartida. Este fue el inicio al que dedicamos muchas conversaciones, veinte altibajos, muchos litros de café y más de diez tentaciones de tirar la toalla y seguir sin ellos. Finalmente creamos dos aplicaciones personalizadas para Zuriñe y para Arturo que les permitirían seguir haciendo todo su trabajo desde casa.

::_Segunda parte del problema: el *muro del hogar*. Esto era realmente complicado, porque ¿cómo podíamos intervenir en un mundo que el mundo se había empeñado en aislar bajo el hermetismo de lo privado, y donde se reiteraban las pequeñas escenas cotidianas de desigualdad? ¿Cómo evidenciar que el cuidado de las personas que nacen, de las que envejecen, del trabajo afectivo, de la planificación de las comidas, del vestido, de la aniquilación de pelusas... que todo eso era igualmente importante, si acaso no, lo más importante para la pervivencia de las personas? Así, se nos ocurrió poner en valor este trabajo e incluirlo en la nómina de quienes trabajaban en la Escuela de Estudios Posibles.

Pasado el tiempo, sin embargo, creo que algo más sutil y que en principio no habíamos contemplado, también contribuyó a resolver el problema. Como pretendíamos que Arturo y Zuriñe repartieran equitativamente las actividades a hacer en casa y, como ellos sabían que el tema nos importaba y mucho y que estábamos implicados, nos hicieron testigos de su pacto y reparto, por lo que nos hablaban sin tapujos de lo que otros muchos consideran exclusivamente privado o pequeños detalles sin importancia. Deshacían así esa idealizada reserva que muchos tienen sobre lo doméstico, sobre lo

privado. De manera que era tan habitual que Zuriñe y Arturo publicaran una nueva aplicación como que Arturo y Zuriñe compartieran una receta de cocina y viceversa.

::_Tercera parte del problema: “así serán algún día los robots que limpiarán de manera autónoma nuestras casas”. Esto pensábamos entre dibujos que entonces quedaron sólo ahí, como dibujos. En aquel momento ninguno de nosotros era experto en robótica, pero años más tarde una estudiante de la *Escuela de Estudios Posibles* se animó a diseñar y comercializar eficaces robots para este cometido. Sí, ya sabe, seguro que usted también los usa. Son esos mini-robots que viven en las casas, cual discretísimas y limpias cucarachas escondidas debajo de los muebles y que, silenciosamente cual insecto, cada noche recorren impecables cada centímetro de superficie para comerse las pelusas y las crías de polvo.